

Fuego Perdido

Adoniram Ramírez-Hernández¹ 

¹Licenciado en Lengua y Literatura, Instituto de Estudios Universitarios (IEU), México. Poeta.
Correo: adorh@bachilleres.edu.mx

Recibido: 2 enero de 2024 - **Aceptado:** 15 de febrero de 2024

ISSN 2027-5528



Desvelo de montaña

A orilla del riachuelo
se oye tu voz como golpe de piedra
seco rascado de varas
goteantes de fuego feminal.
Pensabas mujer, que con el golpe indulgente
darías abrazo seco a mi psiquismo,
sin leer los oráculos de castidad
que pertrechan nuestro conversar
y estos pasos espurios
en la tierra de olvido.
Mientras tú,
elevas tu consciencia siete metros
y miras mi nivosa cabellera
levantas las puntas de tus pies
para darme besos de mariposa.
Mientras yo,
espero tu tiro hacia atrás
ese ramo desconocido
sin levadura de soberbia.
Llegarás aquí,
donde la luna evapora vahos residuales
mientras una luciérnaga enciende su linterna,
para evitar pisar el punto tocante
de la curva raudal
que conduce al infernáculo.

Ansiolítico

Estamos a mano,
coordinados por pensamientos
alterados de letanías transmundanas.
con las palmas plegadas,
describes mis manos
nervudas como claves de nogal
talladas a mano en los muslos boscosos del edén,
sigue tocando tu caja percusiva de silencio;
para supurar estos ecos
para lijar nuestra consciencia licenciosa.

Veredas

Llueve fuego pútrido,
en tanto, oímos los malos tratos;
esos aleteos de ripiosas aves,
que obligan al coyote a buscar a su madre:
 el sol calienta el agave tostado
 que suspira sequedad de
 alma, de vida
 estepa semidesértica,
 a semejanza nuestra.
No tenemos la vida resulta,
vivimos agujoneados todos los días,
púas de agave,
que con memoria cínica
echan en cara los ritos vetustos:
nos enseñan a quebrar
con dos dedos los agujones.

Fuego perdido

Da capotazos a tu infeliz sombra:
en tu disconformidad,
eres rienda suelta de letanías paganas.
No es lo mejor
comer frutos prohibidos,
y después preguntar ¿qué comí?,
el bosque escuchó tus ruidos
que hacías sobre charcos pietistas
paseando en caporales de melancolía
aquella tarde aprendiste
a dar sombra junto con los nocedales,
las horas no te alcanzaron;
eras esposa de cosméticos desmembrados
hablaste con tu esposo para reprimonar el alma
te encerraste en una cueva ancestral
prendiste veladoras
para apagar esa personalidad fosfórica
que llenaba de llamas tu suburbio:
así dejaste ir ese fuego perdido.